

esenciales. En ambos casos, en tanto que no hay sino muy poca ó ninguna diferenciación de partes, hay poca ó ninguna necesidad de canales de comunicación entre ellas; y hasta una ligera diferenciación que no impediría á las partes desemejantes el permanecer en contacto inmediato, tampoco exige aparatos de trasmisión. Pero cuando la división del trabajo fisiológico ó sociológico ha sido llevada tan lejos que las partes, aunque separadas unas de otras, concurren al mismo trabajo, el desenvolvimiento de los canales de distribución y de los agentes que la efectúan es una necesidad; y conviene que siga el mismo paso que los demás desarrollos.

Semejante necesidad supone una analogía parecida entre una y otra circulación. Débiles actividades, cambios limitados, obstáculos en la trasmisión, concurren á impedir todo lo que no sean movimientos de repleción y depleción ya sobre un punto ya sobre otro; pero á medida que los cambios se acrecientan tomando funciones cada vez más especiales, y por consiguiente cada vez más productivas, y por su acción combinada más propias para producir una vía general más intensa, aparece una necesidad mayor de grandes distribuciones en direcciones constantes. Movimientos separados, intervalos largos, irregulares y lentos, se cambian en un ritmo rápido regular por efecto de demandas locales considerables é incesantes.

Todavía hay más: como el agregado individual y el agregado social van hácia una heterogeneidad mayor, las corrientes circulantes van también hácia una heterogeneidad más grande; primero no contienen sino un pequeño número de materias bastas, pero al fin acaban por contener un gran número de materias preparadas. En ambos casos, los órganos que preparan los objetos necesarios al sustento de la vida, sostienen con estas corrientes las mismas relaciones; sacan de ellas las primeras materias sobre las cuales operan, y directa ó indirectamente vierten en las mismas sus productos; en fin, en uno y otro caso, estos órganos en concurrencia mútua para la porción del total circulante de materias de consumo de que tienen necesidad, están en situación de apropiárselas, de sostenerse y crecer en la proporción en que desempeñan sus funciones.

En términos más generales, diremos que el desarrollo del aparato distribuidor así en el organismo individual como en el social, está determinado por las necesidades de trasmisión entre partes unidas por una relación de mútua dependencia. Colocado entre los dos aparatos primitivos que tienen que ver respectivamente, en el exterior con los seres circunstantes y en el interior con los materiales necesarios al sustento, su estructura se adapta á las necesidades

de esta función de transporte entre dos aparatos considerados en su conjunto y entre cada subdivisión de estos aparatos.

APARATO REGULADOR

Cuando observamos cuán distintos son unos de otros los grandes aparatos orgánicos, en el individuo y en la sociedad, reconocemos el principio general según el cual las partes internas y las externas se adaptan á las funciones que sus posiciones respectivas ven necesarias, las unas teniendo que hacer con las acciones y los agentes circunstantes, las otras habiendo de sacar partido de los materiales situados en el interior. Hemos visto cómo la evolución de los aparatos interiores se determina por la naturaleza y la distribución de las materias con las cuales están en contacto. Vamos á ver cómo la evolución de los aparatos que ejecutan los actos externos se halla determinada por el carácter de los objetos que existen alrededor del organismo.

Bajo una forma más concreta, el hecho que vamos á presentar es que, mientras que los aparatos de alimentación de los animales y los aparatos industriales de las sociedades, se desarrollan á fin de hacerse propios para tratar las sustancias orgánicas é inorgánicas que sirven al entretenimiento, los aparatos de dirección y de consumo (nervo-motor en el animal y gubernamental y militar en la sociedad), se desarrollan en el sentido de hacerse propios para entrar en relación con los organismos ambientes individuales ó sociales, esto es, con otros animales que se trata de cazar ó de evitar, ó sociedades hostiles que es necesario conquistar, ó á las cuales conviene resistir. En ambos casos la organización que vuelve propio al agregado para obrar como un solo ser en su lucha con otros agregados, es el efecto indirecto de la continuación del conflicto con otros agregados.

Carecer de velocidad es ser preso por el enemigo; carecer de presteza es marrar su presa; en ambos casos la muerte. El herbívoro que tiene una vista prespicaz se escapa del carnívoro que está lejos de él; el águila tiene necesidad de ella para arrojar exactamente sobre el animal que está lejos y debajo de ella, y sin cuya facultad se le escaparía. Lo mismo acontece evidentemente respecto á la vivacidad del oído y á la delicadeza del olfato; otro tanto también respecto á todas las perfecciones de los miembros que aumentan la fuerza, la

agilidad, la precision de los movimientos; lo mismo con referencia á todos los órganos que sirven para el ataque y la defensa, las garras, los dientes, los cuernos, etc. Tambien es necesariamente verdad que cada progreso en la organizacion del sistema nervioso que, merced á las informaciones de los sentidos, excita y dirige los órganos exteriores, se establece porque da ventaja al que lo posee en presencia de la presa, de los enemigos y de los competidores. Cuando se recorre la escala animal desde los tipos más inferiores que solo tienen ojos imperfectos y débiles aparatos de locomocion, hasta los tipos superiores de animales dotados de un gran poder de vision, de una inteligencia notable y de una gran actividad, no se podria negar que, si la pérdida de la vida es desde luego la consecuencia de tales defectos, la conservacion de la vida es al cabo la consecuencia de estas cualidades. Esto hace pensar que el perfeccionamiento de los órganos de los sentidos y del movimiento y el del aparato de coordinacion interna que se aprovecha de ellos, es el efecto indirecto del antagonismo y de las competencias mútuas de los organismos.

Se descubre una verdad análoga al observar de qué manera se desarrollan el sistema regulador de un agregado político y los instrumentos que pone en juego para la defensa y el ataque. En todas partes son las guerras entre las sociedades las que crean los aparatos de gobierno, y causa de todas las perfecciones de estos aparatos que aumentan la eficacia de la accion colectiva contra las sociedades circunvecinas. Obsérvese desde luego las condiciones bajo cuya influencia falta esta causa que favorece la coalicion; y despues, las condiciones bajo el imperio de las cuales empieza á mostrarse.

Cuando los alimentos son escasos, los individuos viven dispersos, y por consiguiente, la cooperacion está impedida, no hay jefe permanente. Los Fuegianos, los Cayaguas ó Indios de los bosques de la América del Sud, los Jungle-Veddahs de Ceylan, los Bosquimanos del África meridional son ejemplos de ello. Ellos no se unen para defenderse ni tienen autoridades reconocidas, la preponderancia de una persona y por durante algun tiempo, en cada grupo, hé aquí todo lo que se acerca algo á la autoridad. Los Esquimales que necesariamente viven en grupos dispersos, dice Hearne, «viven en un estado de libertad perfecta: nadie parece pretender la autoridad sobre los demás ni reconocer la de otro.» Obsérvese al mismo tiempo que ignoran lo que es la guerra. De una manera parecida, cuando la esterilidad del suelo no permite sino aglomeraciones accidentales, entre los Chippeuanos por ejemplo, no hay otra autoridad que la que ejerce el carácter, y ésta es muy escasa.

En otros casos, el carácter de las personas se opone á una concentracion

suficiente. Ellas son harto poco sociables y sobrado escasamente sumisos. Otro tanto acontece entre los Abors, tribus montaraces de la India. «Segun su propio sentir, se parecen á los tigres; no pueden residir dos en una misma cueva,» tienen sus habitaciones «esparcidas, aisladas ó en grupos de dos ó tres.» Tambien sucede lo mismo, como hemos visto, entre los Mantras de la península de Malaca, que «se separan desde el momento que llegan á disputarse.» Aquí la dispersion y la disposicion de carácter que es su causa, son un obstáculo á la evolucion del gobierno político.

Pero no es solamente en casos de esta índole cuando falta la coordinacion gubernamental. Falta tambien en las tribus sedentarias y mucho más avanzadas, siempre que no se dediquen á la guerra. Entre los Papuas como entre los Arafuras por ejemplo, y los naturales de la isla Dalrymple, no hay jefe; las personas «viven tan en paz y fraternalmente entre sí,» que no tienen necesidad de otra autoridad que la de las decisiones de sus ancianos. Los Todas no tienen organizacion militar; y se nos asegura que son pacíficos, dulces, afables, y que no tienen jefes políticos. Tambien sucede lo mismo entre los Bodos y los Dhimalas fáciles de apaciguar, de los que se dice tienen cualidades estimables; son honestos, veraces, sin ningun espíritu de venganza, de crueldad ó violencia, y cuyos jefes casi no tienen más que una autoridad nominal. Puedo añadir otra observacion muy significativa tambien: los Lepchas, de quienes habla Hooker, son «realmente amables,» y segun Campbell, «muy honestos, especialmente olvidizos de las injurias, inclinados á prestarse concesiones y reparaciones mútuas;» al mismo tiempo «tienen aversion por el estado militar, y no se les podria decidir á engancharse en el ejército inglés.» Es tan escaso su espíritu de subordinacion, que huyen á las malezas y viven en ellas de raíces antes que someterse á la injusticia.

Obsérvese ahora cómo este estado social, en el que no hay jefe, se modifica, y cómo se introduce la coordinacion. Edwards dice que los Caraibes no admiten la supremacia de nadie en tiempo de paz: solamente sus ancianos ejercen una autoridad mal definida; pero añade que «durante la guerra, la experiencia les ha enseñado que la subordinacion es tan necesaria como el valor.» La confederacion de las tribus caraibes, dice Humboldt, «está compuesta de hordas belicosas que no ven ninguna ventaja en los lazos sociales, si no es para la defensa comun.» La subordinacion de los Cricks á la autoridad es muy débil; «seria difícil, ya que no imposible, nos dice Swan, hacer comprender á la sociedad en general la necesidad de un contrato social que obligara por mayor tiempo que la duracion del peligro comun.» Segun Bonwick, «incontesta-

blemente habia jefes entre los Tasmanianos, pero no jefes hereditarios ó electivos. Sin embargo, se reconocia su autoridad en tiempo de guerra; ellos conducian las tribus... Despues de la terminacion de las hostilidades volvian á la vida pacífica de sus bosques. En otros casos, vemos producirse un cambio permanente. Los Kamtschadales, nos dice Kotzebue, «no reconocian jefe,» pero Griève nos dice que la única autoridad aceptada entre ellos era la de «ancianos ó personas notables por su mérito.» Conviene luego considerar que estas afirmaciones se refieren á una época anterior á la conquista rusa, antes que los Kamtschadales se vieran obligados á combinar su resistencia ante el enemigo.

Asi si el conflicto de una tribu con otras ha dado nacimiento á esta autoridad suprema simple, antagonismos más extensos entre dos razas han dado lugar por un progreso más avanzado, á la autoridad suprema compuesta. Los Patagones, nos dice Falkner, cuyas tribus «siempre están en desacuerdo, no dejan frecuentemente de unirse contra los Españoles.» Lo mismo acontece respecto á los Indios de la América del Norte. La confederacion de las seis naciones, que habia adoptado un sistema regulado de cooperacion, debia su origen á la guerra con los ingleses. Observamos entre los Polinesios las fases de la produccion de esta autoridad por la lucha con otras sociedades. En las islas Samoa, ocho ó diez comunidades de aldeas, bajo otros puntos de vista independientes,

«se unen de comun acuerdo y forman un distrito ó un estado para protegerse mutuamente... Cuando otro distrito amenaza con una guerra, ninguna aldea puede obrar sola... Algunos distritos ó estados tienen un rey; otros no podrian ponerse de acuerdo para escojer uno... nada hay allí que se parezca á un rey, ni á un distrito, cuya autoridad se extienda sobre el grupo entero. Pero en caso de guerra se unen algunas veces estos distritos en número de dos ó tres.»

Tambien vemos en la historia de los primeros tiempos de los pueblos civilizados, cómo la union de pequeños agregados sociales para la ofensiva ó defensiva, que necesitaba la coordinacion de sus acciones, tiene por resultado el producir una autoridad central coordinatriz. Por ejemplo, la monarquía de los Hebreos: las tribus israelitas, antes separadas, terminaron por una nacion subordinada á Saul y á David, durante las guerras con los Moabitas, los Ammonitas, los Edomitas y los Filisteos. Por ejemplo tambien, los Griegos: el desarrollo de la heterogeneidad ateniense en soberanía, y la organizacion política y naval que fué su resultado, marcharon al mismo paso que la actividad de

la confederacion contra los enemigos exteriores. Tenemos de ello otro ejemplo en el desarrollo de los gobiernos entre los pueblos teutónicos. Al principio de la era cristiana, la raza germánica se dividia en tribus que tenian su jefe cada una, y durante las guerras, las fuerzas aliadas obedecian á un jefe supremo. Entre el primero y el quinto siglo, las federaciones constituidas para resistir al imperio romano ó para invadirlo, no dieron origen á una autoridad permanente, pero en el siglo v la subsistencia de la actividad militar de estas federaciones acabó por producir jefes militares que se hicieron reyes reinando sobre estados que formaron una sola masa.

De la misma manera que la diferenciacion que primero da nacimiento á una autoridad temporal, y luego á una autoridad militar que insensiblemente pasa al estado de autoridad política, debe su origen al conflicto con sociedades fronterizas, de la misma manera llega el caso, por un efecto natural, de que el poder político del jefe aumente á medida que continua la actividad militar. Supuestas por otra parte condiciones iguales, la accion colectiva de una sociedad durante la guerra, es eficaz en la medida en que está asegurada la obediencia á la jefatura; y se vé que si el éxito, que va siempre con la sumision á la autoridad, trae la conquista ó el exterminio de pueblos en quienes el lazo de subordinacion es ménos fuerte, se deduce de ahí que la subordinacion, causa del éxito en las guerras, y la persistencia de éstas tienden á marchar de una manera concertada y á favorecerse mutuamente. Por todas partes, á ménos que una dispersion extrema se oponga á ello, hallamos la union de la actividad depredatriz con la sumision á la autoridad despótica. Asia nos la muestra en las tribus de los Kirghiz, cazadores de esclavos y bandidos, cuyos manaps, en otro tiempo electivos, son hoy hereditarios. «La palabra manap, dice Michael, significa literalmente tirano en el sentido que se daba á esta palabra en la antigua Grecia. Era primeramente el nombre propio de un anciano que se distinguió por su crueldad é inflexibilidad; de éste, el apelativo ha pasado á todos los jefes kirghiz.» África nos muestra tambien la union de estos dos estados entre los Niamnians caníbales, cuyo rey es el dueño absoluto de las personas y de las cosas; y tambien entre los sanguinarios naturales del Dahomey, donde hay un ejército de amazonas, y entre los belicosos Acantes, acostumbrados todos á las armas; en unos y otros, el gobierno es tan absoluto, que los más altos funcionarios son esclavos del rey. En la Polinesia, la hallamos en las islas Fiji, donde las tribus están incesantemente ocupadas en combatir y comerse unas á otras, y donde la fidelidad á los jefes absolutos es llevada más allá de cuanto es posible imaginar, tan allá, que los habitantes de un distrito reducidos á la